

**En torno al concepto de Transición o sobre el cambio de
época**

Emmanuel Rodríguez López

Centro de Estudios

Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía

Vivimos «tiempos interesantes», podríamos añadir, quizás, que para nuestra desgracia. Seguramente nuestras vidas ya no se regirán por los mismos patrones de regularidad y seguridad de otras generaciones. O al menos eso imaginamos a partir de un pasado apenas conocido y siempre adaptado a los intereses del presente.

La aceleración del tiempo histórico ha acompañado los grandes cambios de época. Tal velocidad viene hoy señalada por la crisis: financiera, política, social, sanitaria, securitaria. Los adjetivos se multiplican hasta adquirir ese carácter total, o mejor epocal, que convoca los grandes periodos turbulencias. ¿Pero sirve pensar sobre la crisis, y sólo la crisis, o podemos echar mano al baúl de la historia para encontrar algún concepto que nos permita proyectar más allá de la incertidumbre? Las alternativas son muchas: revolución, transformación, renovación, o también catástrofe, involución, colapso. Cada una de ellas lleva sus sentidos explícitos y sus cargas ocultas.

En el acervo político e histórico hispano existe otra opción cuyo empleo es extremadamente reciente: transición. Se eligió para evitar todos los otros términos que signaron la conflictiva historia de la Modernidad española galvanizada en torno a los polos alternos de la «revolución» y la «reacción». Con la Transición se daba por acabada esa interminable saga de pronunciamientos, algaradas, guerras civiles, dictaduras, revoluciones frustradas o abortadas, que todavía en los años setenta presidía los sótanos del imaginario histórico «nacional». La Transición era, al fin, el fin; el carpetazo al largo siglo XIX español. Esta palabra, en apariencia tan inocente, subrayaba la madurez de la modernidad española, el acceso a la democracia, el final de la excepción, la incorporación a Europa. Y así este recurso conceptual, apenas perceptible, selló el acuerdo de las «dos Españas», el consenso, y con ello la mejor fórmula disponible para apuntalar la hegemonía cultural del nuevo régimen político que entonces se confirmaba.

Hoy ese mismo régimen ha empezado a mostrar los síntomas de una gripe que ya no parece pasajera. ¿Nos sirve la «transición» para pensar su crisis, incluso para pensar la crisis de su contexto global; las líneas de alta tensión del deterioro ecológico, la desigualdad planetaria y la decadencia de la democracia? ¿Es tan flexible como para permitir su desvío, el *détournement* que dirían los situacionistas? Quizás esos mismos fardos escondidos bajo sus diez letras, al menos en lengua castellana, no nos permitan ir muy lejos. Y sin embargo, tiene algunas ventajas.

Frente a la revolución, y la certeza del tiempo, la transición nos sugiere un cambio continuo gradual, sostenido durante un periodo de años. La Transición, a diferencia de la Revolución, no nos concita a organizar el gran golpe, sino algo mucho más modesto: una secuencia de cambios. La mayor parte de ellos, seguramente, poco o nada controlables por un cerebro colectivo. Podríamos decir también que el abandono de la idea de un cambio abrupto y épico (la revolución), es una herencia (de hecho, La Herencia) material de la Postmodernidad. Un legado que no cabe celebrar como una victoria sobre las metanarrativas totalizantes y totalitarias, sino como la confirmación de la derrota histórica de los proyectos que trajeron las distintas versiones de la democracia y el socialismo. Valga decir que durante treinta años la política ha quedado sepultada por distintas

formas de negación (en forma de gestión o cultura), y también de sucedáneos como la competencia electoral. No cabe en estas condiciones hablar de revolución. Sencillamente no se sabría ni por donde empezar, nos faltaría casi todo: el sujeto, el proyecto, la determinación.

Diremos, por tanto, que «se trabaja con lo que hay»; y que la era de las revoluciones ha pasado a mejor vida, al menos en las sociedades de clases medias de Occidente, al menos en las fases iniciales de su descomposición. *Mientras tanto*, la transición nos ofrece algunas posibilidades. Quizás no un gran proyecto, pero si un plan y unas pequeñas guías orientativas, muy endeble, cierto, pero también flexibles. También nos invita a la prudencia. La etimología de transición, *tansitio*, invoca este mismo espíritu conservador: el prefijo latino «trans» nos sugiere la idea de ir «más allá de» pero «a través del» mismo *sitio*. Se trata quizás de algo obligado en este periodo final de la Modernidad marcado por la predación del capital natural, la crisis institucional que promueve el neoliberalismo y la implosión de los sistema básicos de la vida en común.

Así es como este oximoron de los años setenta, la «ruptura pactada», acaba por tener algo de inspirador. Ciertamente entre aquello que definitivamente se rompe y se transforma y aquello otro que permanece, se dirime la posibilidad de dirigir el cambio hacia uno u otro lado de esa difícil frontera que separa lo aceptable de lo intolerable. Por eso no se trata ya de elegir entre ser «conservador» o «progresista», sino de determinar que es lo que merece conservarse y aquello por lo que merece apostar.